

EL RECREO DE LAS FAMILIAS



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

25 de Mayo de 1872.

NÚM. 27.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

—Ya tendreis compensacion de todo esto. Yo os lo fio.

—Muy feliz me harás.

—No mientras yo pueda, dijo Mendoza para sí.

Los embozados, y Rolando que seguia sus pasos, se perdieron en la oscuridad. Mendoza tomó otra vez el camino de su casa diciendo:

—El rey no ha podido aun conquistar la posesion de Doña Margarita que Luna le promete como cosa segura, y lo que este quiere, sin duda, es deshonorar públicamente á Blanca para que el marqués la desprecie y aborrezca. ¡Ah! no será, no será mientras yo viva, y ahora que puedo enterarme de todos los planes de Luna menos. Verdaderamente que no creia yo á D. Diego capaz de llevar á cabo una empresa tan hábilmente combinada y que tan seguro resultado hubiera dado, á no enterarme de la conversacion de D. Juan con el marqués. Pero en fin, aun llegaremos á tiempo para evitarlo, con la ayuda de Dios.

Mendoza, satisfecho del resultado de aquella noche, se retiró á buen paso á su

casa para entregarse al reposo que necesitaba en gran manera.

IX.

Hasta donde puede llegar la venganza de una mujer.

Las once de la mañana serian cuando Doña Inés, cuyo tocado habian terminado sus doncellas, vió entrar en su cámara á Rolando, el que con menos respeto y mas familiaridad del que deberia guardar un criado, le dijo en tono un tanto despreciaativo:

—D. Diego de Luna espera en el estrado.
—Dile que salgo en seguida.

Doña Inés corrió hácia un espejo, se contempló algunos minutos en él, arregló unos pliegues de su valona de encage de Cambray, con la que cubria su seno con mucha coquetería, y salió al estrado por una puercecilla de escape que comunicaba con su cámara.

D. Diego esperaba sentado en un sillón, y apenas la vió entrar se levantó y se inclinó ante ella.

—Saludo á mi bella alia la.

—Correspondo á mi gentil caballero.

—Os molesta mi visita tan temprano!

—Nada de eso; impaciente me tenias hace ya una hora.

—Estais satisfecha de mí?

—Mas que satisfecha, contentísima. Siempre os tuve por persona de mucho talento, pero por lo que hicisteis anoche he comprendido que podeis dar lecciones al mas hábil en cuestion de dirigir una intriga.

—Muchas gracias.

—D. Diego, dejad galanterías á un lado; vuestro pensamiento y el mio van á converger á un mismo punto; nuestros sentimientos son idénticos y el objeto que nos proponemos es tambien igual. ¿Creeis que con lo de la rifa de anoche habrá bastante para atizar la hoguera de los celos que yo quiero consuma el corazon del marqués?

—Desde luego que ese es un tizon que aumentó el fuego que habia empezado á encender la revelacion confidencial de Osorio, así como el misterioso billete que anoche mismo hicisteis llegar á sus manos, hizo el papel de la brisa sutil que dá incremento á la llama.

—Ahora solo falta que el marqués vea.

—Y verá, yo os lo fio.

—Estuvo el rey anoche?

—Conmigo una hora buena en el jardin del palacio Sandoval y bajo el balcon de Doña Margarita.

—Y qué?

—La paloma teme, duda, vacila, pero al fin caerá en las garras del gavilan. Apostaria cualquier cosa, pero creo que ama de veras á Felipe, que la ha enloquecido con sus frases de poeta.

—Lo dudais aun?

—Empiezo ya á creerlo.

—Mucho he contribuido yo á que esa pasion llegara al periodo álgido hablándole siempre del galan enamorado y de la vehemencia de su amor, porque ya sabeis que tengo gran intimidad con ella, que creyéndome una amiga verdadera, tiene para mí las confianzas de tal.

—Y eso que habeis hecho sin objeto y solo por amistad en un principio, ya veis ahora de cuanto nos sirve.

—Os equivocais, D. Diego, al obrar así obedecia á un plan preconcebido, y con vos ó sin vos, mas pronto ó mas tarde hubiera realizado yo mi venganza.

—Verdaderamente, señora, reconozco que sois digna de ser mi amiga y mi aliada en asuntos como este.

—No os doy las gracias porque me haceis justicia solo, y eso os lo digo sin que peque por ello de inmodesta. Mas adelante quizá sepais de todo lo que ha sido capaz una muger cuyo corazon ha desgarrado cruelmente un hombre desleal.

—Nos vengaremos.

—Sí nos vengaremos, por que luchamos con ventaja.

—Teneis razon; nosotros les heriremos siendo invulnerables como Aquiles, porque ellos no conocen el punto mortal para herir á su vez á ios que les atacan en la sombra.

—Hoy habrá recibido el marqués otro misterioso billete como el de anoche.

—Eso es, alimentad la hoguera.

—Y decidme, D. Alvaro de Mendoza es íntimo amigo del marqués, mucho mas temible que este, porque tiene mas talento y mas esperiencia. No podria surgir alguna complicacion de esa amistad?

—Nada temais; D. Alvaro es tambien amigo mio, y nunca sospecharia fuera posible en mí venganza cobarde ni accion villana.

—Confio pues en vuestra prevision.

—Podeis confiar.

—Y Rolando, ¿que tal? os sirve bien?

—Representa á las mil maravillas el papel de mi escudero.

—Los desembolsos que os cueste me los direis, quiero que vayan por mitad.

—No me hableis ni una palabra de eso.

—Nuestra conferencia ha durado ya bastante, no demos pábulos á la maledicencia de los criados y las relaciones nuestras se trasluzcan fuera de estas cuatro paredes.

—No decis mal, por eso tampoco tomareis á enojo el que en el Buen Retiro no os mire ni os hable una palabra.

—Aplaudo vuestra conducta. Si así no obrarais yo os la exigiria en nombre de nuestra..... venganza, dijo acentuando la palabra y bajando la voz.

Doña Inés y D. Diego se pusieron de pié.

—Adios D. Diego, dijo ella tendiéndole la mano.

—Adios mi bella aliada, contestó él besándosela con esquisita galantería.

Y salieron cada uno por donde habian entrado.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

EL ORCO.

(Continuacion.)

Los aduaneros y guarda-costas, habiendo visto deslizarse á veces una sombra negra sobre las lagunas, sospecharon si sería alguna barca de contrabandistas, trataron de darla caza en plena mar, mas la mañana llegaba sin haber alcanzado el obgeto de sus persecuciones. Con el tiempo llegaron á formar la costumbre de no inquietarles su vista, solo, si, unos á otros se la mostraban diciéndo: ¡Vedla ahí! La enmascarada recorria la ciudad, viéndola ora en las mas vastas plazas, como en las calles mas tortuosas, en los puentes y en las entradas de las iglesias y de los grandes palacios; en los sitios mas frecuentados como en los mas desiertos, unas veces andando con rapidez y otras á lentos pasos, sin contrariarla ni el gentío ni la soledad.

Ella contemplaba con apasionada curiosidad los monumentos, las casas y el cielo, aspirando con placer la brisa.

Si encontraba algun amigo le hacia seña de seguirla desapareciendo de pronto, pero á muchos á quienes hacia esta indicacion no se atrevian á ceder á esta invitacion por las estrañas historias que circulaban. Estas á veces escitaban el valor de los mas audaces, y muchos jóvenes adivinando una hermosa muger en aquellos vestidos negros, en sus formas elegantes, y además nobles, y mas que nada por la singularidad de su vida, se enamoraron de ella pero al cometer la imprudencia de seguirla, no han vuelto á reaparecer.

Muchas veces á mí misma me ha sacado de entre las gentes, conduciéndome á un lugar solitario, en donde las dos hablábamos, pues ya sabeis me mostraba mucha confianza; ¡la queria yo tanto....!

La policia al notar que los desaparecidos eran todos austriacos, puso en juego sus maniobras para encontrarlos, acusando á la enmascarada, de estas desapariciones: los esbirros no fueron mas afortunados que los guarda-costas y aduaneros, no logrando encontrar á los jóvenes, ni poner la mano sobre ella.

Una aventura bizarra llenó de valor á los mas ardientes sabuesos de la inquisicion veneciana, los que viendo lo imposible que se hacia el apresarla por la noche en la ciudad, mandaron dos Sotacomitres de los mas celosos á esperarla en su misma góndola, con el fin de asirla cuando entrase para alejarse. Una noche que vieron la barca atada al

muelle, lo pusieron en ejecucion escondiéndose en el fondo; en vano esperaron toda la noche, mas al proximarse el alba creyeron apercibir que desataban la barca, y silenciosamente se disponian á saltar sobre la proa, cuando un terrible golpe de pié hizo en el mismo instante zozobrar la embarcacion. Los malaventurados agentes del órden público, cayeron sumergiéndose en las aguas; uno se ahogó, y el otro debió su salvacion á los socorros que le prestaron los contrabandistas.

Llegada la mañana, no se encontró rastro de la barca, lo que hizo juzgar á la policia que habria sido sumergida. El asombro fué terrible cuando llegada la noche la volvieron á ver en el mismo sitio sujeta con el cabo de la bela; un terror supersticioso se apoderó de todos los sotacomitres, los que no volvieron á comenzar sus tentativas.

A principio del último Otoño vino de guarnicion un oficial Austriaco, llamado el Conde Franz Lichterstein, joven de carácter apasionado y entusiasta, existiendo en su corazon el germen de todos los mas elevados sentimientos y nobles ideas, el que apesar de su viciosa educacion de señor, habia sabido desechar todo pensamiento indigno, y en su corazon guardaba un lugar para la libertad.

Su posicion le forzaba á disimular sus ideas y sus gustos en público; pero una vez terminado el servicio se apresuraba á quitarse el uniforme que decia simbolizaba los vicios de los gobiernos á quienes servia, dirigiéndose despues en busca de sus nuevos amigos, que por su bondad y elevado espíritu se distinguian en la ciudad.

El hablaba de Venecia con mas entusiasmo que los mismos del pais, habia nacido verdaderamente artista, y deploraba en su interior su servidumbre, gustaba tanto de Venecia que noche y dia no cesaba de admirarla en su deseo de conocerla mejor segun decia que los que han tenido la fortuna de nacer en ella.

En sus nocturnos paseos encontró á la enmascarada sin fijar al pronto su atencion, pero al fin tubo que reparar que ella estudiaba la ciudad con la misma curiosidad que él, estraña coincidencia de la que habló á varias personas las que le impusieron en las siniestras historias que se contaban, lo que acabó de seducir al joven. Todas las advertencias que le hicieron escitaron su curiosidad, y el deseo de hacerse amigo de la mujer misteriosa que espantaba á las gentes vulgares. El conde era valiente hasta la temeridad; pero queriendo guardar el incógnito para evitar encontrarse de pronto frente á frente de la desco-

nocida, se disfrazó de aldeano. No tardó en encontrar á la máscara sin buscarla. La vió á la claridad de la luna estasiada en la portada de la iglesia de San Juan y San Pablo, pareciendo contemplaba con adoracion los delicados ornamentos que la decoran.

El conde se acercó silenciosamente á ella, que no mostró apercibirse se le aproximaban aun que el jóven se detuvo para ver si era descubierto, luego siguió avanzando y al llegar junto á ella la oyó dar un profundo suspiro.

Franz que poseia muy mal el Veneciano, pero perfectamente el Italiano, le dirigió la palabra en el Toscano mas puro.

—¡Salud y honor, le dijo, á las que aman á Venecia!—¿Quien sois? respondió la máscara con voz sonora como la de un hombre, y dulce como el canto del Ruiseñor.

—Soy un admirador de la belleza.

—Sois vos de los que sienten el amor brutal y violento por la belleza, ó de los que se arrodillan cautivos ante ella y lloran en su dolor?

Cuando el rey de la noche ve florecer las rosas y alegremente mecer sus hojas la brisa, bate sus alas; y cuando la vé marchitarse por el soplo abrasador de la tormenta, esconde su cabeza bajo sus alas y gime: así hace mi alma. Sígueme que tu serás uno de mis partidarios, y asiendo la mano del Conde, le condujo á la iglesia.

Al sentir la fria presion de la mano de la desconocida, estrechar la suya, y verla dirigirse á lo mas oscuro de la portada, el Conde recordó las siniestras historias que le habian referido, y de repente le acometió un pánico que paralizó sus pasos.

La enmascarada se volvió, y fijando sobre el semblante de su compañero una mirada escrutadora, le dijo:—¡teneis miedo! Adios, y soltándole el brazo se alejó apresuradamente.

Franz entonces avergonzado de su debilidad se precipitó hácia ella, y asiendo una de sus manos á su vez le dice: No, yo no temo, vamos donde quieras. Ella en silencio continuó su marcha, pero en vez de dirigirse como la vez primera á la iglesia se internó en una de las cortas calles que desembocan en la plaza.

La luna velándose en aquel momento esparció la mas completa oscuridad en la ciudad.

Franz apenas veia donde ponía los pies, ni distinguía nada en las profundas sombras que le envolvian: dejó que al azar le guiase, que parecia por el contrario conocer mejor su ruta. De tiempo en tiempo algun relámpago rasgando las nubes, venia á mostrar á Franz, el borde de un Canal, y la bóveda

del puente por donde habia partido la desconocida, y el dédalo de tortuosas calles: despues todo caia en la oscuridad.

Franz reconoció que estaba perdido en Venecia, encontrándose á mercé de su guia, mas valiente en todo no sintió ninguna inquietud, y se dejó conducir sin hacer ninguna observacion.

Al cabo de mas de una hora, la máscara se detuvo: decidme, Conde, le dijo, vos hablais de corazon?

Os advierto que si dais la menor seña, el mas pequeño indicio despues de nuestra escursion, jamás os volveré hablar. Os mostrais impasible, y esto me pone contenta de vos.... mañana os espero á las once en la plaza de San Juan y San Pablo. No me busqueis, ni me sigais, seria inútil. Volved esta calle á la derecha y vereis la plaza de San Márcos. Adios: apretó vivamente la mano del conde, y sin dejarle tiempo á contestarle desapareció detras de la esquina de la calle.

Franz quedó algunos momentos inmóvil, y asombrado por lo que le acababa de suceder, he indeciso sobre lo que debia de hacer. La reflexion de que habia de volver á ver á la muger misteriosa, y de los riesgos á que se esponia al seguirla, hizo por fin que tomase el partido de volver á su casa.

Siguiendo la direccion que le habian indicado, subió toda la calle de la derecha, en contrándose en efecto al cabo de pocos minutos en la plaza de San Márcos, donde vió enseguida el hotel que habitaba.

ELENA CERRADA.

(Se continuará.)

AL SOL NACIENTE.

Ya la aurora nació: ya el claro cielo
Y el valle herboso, y el vergel florido,
Rasgan con luz el funerario velo
Que la noche glacial dejó estendido.

Ya el llamear temblador de su púpila
Pinta con oro el azulado oriente,
Y sobre el mar que resonante oscila,
Teje lecho imperial al sol naciente.

Natura toda á recibir se apresta
Al soberano de la luz y el día,
Cual las flores del prado y la floresta
Los dulces besos de la brisa fria.

¡Oh sol que dejas el ruidoso seno
Do las ondas ensayan sus rumores,

Y con alas de luz vuelas sereno
 Dorando nubes y entreabiendo flores!
 ¡Oh sol gigante cuya huella ignota
 Solo el querub conoce que te guía,
 Deja al vate pulsar su lira nota,
 Luz bebiendo en tu luz su fantasía!
 Deja al poeta que al cantar tu vuelo
 Sitial te admire del señor del mundo,
 O hachon gigante que encendió en el cielo
 Con la llama del bátrato profundo.

¡Cuál anhela mi mente en su flaqueza
 Tus secretos cantar, oh sol gigante!
 ¡Cómo al mirar tú luz y tú grandeza
 Se abisma el génio que sonó arrogante!
 ¿Quién de tu cuna que los mares mecen
 Retrató la grandeza soberana,
 Y el rico trono que á tu paso ofrecen
 Flotantes nubes de amaranto y grana?

¿Quién tus huellas marcando en el vacío
 Le hizo rodar en la amplitud del cielo?
 ¿Quién domeñando tu potente brio
 Te hace tender hácia otra zona el vuelo?
 Dios tan solo quizás cuya mirada
 Encendió con su luz tu inmensa pira,
 Y á cuya voz saliste de la nada
 Como ese mundo que á sus plantas jira.

Vago perfume que satina el viento
 La flor exhala titilando hermosa
 Y en tanto, en tanto magestoso y lento
 Vuelas gigante á la region sombrosa:
 Y á tu sonrisa que el azul orea,
 Desata el mar su ceñidor de espuma,
 Y en la rama del sauce que simbrea
 Seca el jilguero su mojada pluma.

Frescas las brisas derramando aroma
 Que en el abierto cáliz han libado,
 Vuelan del valle á la pendiente loma
 Por do resbala el arroyuelo al prado.

Rápido el curso dilatando el rio
 Hierve y sacude la arenosa orilla,
 Y el cano monte en su vejez sombrío
 Con blancas luces deslumbrante brilla.

¡Con qué dulce gozar de rama en rama
 Vuelan las aves gorgoando amores!
 ¡Como la voz del céfiro las llama,
 Ebrio en el cáliz de aromosas flores!

Bruma mas blanca que nevado encaje
 Teje la fuente en el remanso humoso,
 Do el colorin alisa su plumaje
 Mojando el pico en el cristal tembloroso.

Verde el collado do la oveja bala
 Destrenza al valle fuentecilla pura,
 Cuyo eco dulce al corazon regala
 Mintiendo amores de fugaz ventura.

¡Cuál canta el mundo tú imperial venida!
 ¡Cuál titilan las flores á tu beso!
 ¡Cómo despierta respirando vida,
 Festivo el vive entre tinieblas preso!

¡Oh sol naciente que en la mar mojaste
 Tus blondos rizos y tu fimbria de oro,

Y en su móvil espalda te adormiste
 Al eco ronco de su hervir sonoro!
 Si ansioso anhelas ensanchar tu imperio,
 Si el trono envidias de la blanca luna,
 Vé al Occidente do tejó el misterio
 Con negras sombras á la noche cuna.
 Rey del espacio tenderás tus alas
 Bañando en oro cuanto el orbe encierra,
 E inmensa alfombra de esplendentes galas
 A tu venida tenderá la tierra.

Mas ¡ay! que entonces el que alzó la aurora
 Rico palacio en el sereno oriente,
 Sin doseles de luz que tu luz dora
 Verá á la noche con sombras frente.

Y el mar tonante que tembloroso oscila
 Alzará montes de hervidosa espuma,
 Y con tinieblas que la noche apila
 Montes y valles vestirán su bruma.

Y sin tus besos se ajarán las flores
 Que el aura arrulla en la verdosa vega,
 Y huirá la vida respirando amores
 Como la dicha cuando el duelo llega.

Queda pendiente sobre el mar que baña
 Tus blondos rizos y tu fimbria de oro,
 Mientras te arrullan con su hirviente saña
 La voz del viento y su mujir sonoro.

Resbale el alba al resonante seno
 Do las ondas ensayan sus rumores,
 Y tú flotando mirarás sereno
 Nubes rosadas y entreabiertas flores.

JUAN B. PASTOR AICART.

LA PRIMERA PASION.

(Continuacion.)

—Vamos María, no seas niña, hazte una reflexion y piensa que si tal te aconsejo no es porque me disguste Arturo; al contrario, lo prefiero á Ezequiel; es porque te conozco demasiado y sé que no has desterrado por completo de tu memoria á este último. Dá tregua al tiempo, tal vez dentro de algunos años le puedas ofrecer un amor sincero y leal como sin duda lo es el suyo y entonces seréis felices ambos.

—Sí, prima mia, me has convencido. Mi padre ha invitado á Arturo para que venga mañana con nosotros á ver la dehesa y el jardin, y allí tendremos ocasion para hablar.

¿Vendrás tu tambien?

—Sí te acompañaré.

Y un adios pronunciaron ambas.

V.

La tarde es preciosa, cual la mas bella de primavera.

Por uno de los espaciosos huertos que hay á las afueras de la poblacion, pasean hablando María y Arturo, cerca de ellos vá Isabel recogiendo flores y mas lejos los señores de Mendialdúa y el marqués de la Alzada.

Oigamos á la jóven pareja.

—En verdad, me sorprendió tu carta, pues no creí fuera amorosa, dijo María con faz risueña.

—¿Porqué? respondió Arturo. ¿Acaso soy insensible? ¿No puedo amarte?

—Sí, pero no se por qué causa no me reelaba tal declaracion.

—Comprendo el motivo. Eso es, que los latidos de mi corazon no han llegado á herir la fibra sensible del tuyo.

Eso es que has amado, y que la llama voraz de aquella pasion no se ha estinguido aun de tu pecho. Lo sé todo, el feliz mortal que consiguí tanta dicha es mi amigo Ezequiel Negri.

—¿Ezequiel Negri! te han engañado, respondió María cuyo rostro se habia coloreado instantáneamente, jamás fué amado por mí.

—No eres franca conmigo. Confiesa que esa es la verdad.

—No mil veces.

—Veamos pues ¿Qué contestacion dás á mi carta?...

Una breve pausa medió sin que ninguno de los dos dijera nada.

—Lo ves María, el grito del corazon apaga la voz en tu garganta. No te exijo yá ninguna respuesta, no me la digas que har-to la da á entender ese silencio.

—¿Puedes creer acaso que me eres indiferente? No, Arturo, tal vez te rinda un tributo mayor de cariño del que tú puedas ofrecerme; pero mi edad, soy tan jóven, que no me atrevo á dar una palabra, que el tiempo, las circunstancias tal vez me impidan cumplirla.

—¿Eres jóven! Por cierto que no esperaba tan estraña contestacion. Ardid es aventurado. Tres años há, no lo eras para escuchar el amor deletreado por un mozalvete, y hoy eres mas jóven para dar oídos á mis sentidas quejas. ¡Lo que sois las mugeres! Estátuas sin corazon.

—Por dios, Arturo, no me ultrajes de ese modo, que me atraviesas el pecho con un acero.

—Tampoco me merezco que aun la franqueza de amigo me niegas.

—¿Que exijas de mí? ¿una confesion es-

plícita? pues bien, voy á dártela, dijo María con voz augustiosa. Verdad fueron las relaciones que mediaron entre Ezequiel y yo, pero no debes calificar á eso de amor, por cuanto fué hijo de las circunstancias. Por eso ahora que aunque nuestra edad es mayor, sin embargo no es lo suficiente para contraer un compromiso, te propongo dejemos que el tiempo una mas nuestras sentimientos, y si algun dia pensáramos como hoy....

—No continúes, interrumpió Arturo. Feliz tú, que el corazon no te domina y siente á merced de tu capricho. Yo no pudo hacer otro tanto, el mio ama por necesidad y aun en contra de mi albedrió. ¡Desdichados los que nacen en extremo sensibles!

Habian llegado á un pequeño senador cuyas paredes estaban cubiertas por enredaderas y esmaltadas de campanulas, los pajarillos gorgeaban desde sus nidos.

—Te place, descansenos un momento en uno de estos bancos, dijo Arturo con solicitud.

—Sí Arturo, contestó María con dulzura.

Y ambos se sentaron juntos.

Una lágrima se deslizó por el rostro de María y cayó cual rocío sobre las flores que llevaba en sus manos.

—Perdóname, María, por haber sido la causa del pesar que te aflige. No pensé jamás que la bienandanza que te pedí y que esperé con anhelo, pudiera causarte la menor pena.

—No tal, replicó María, estas lágrimas son el símbolo de la alegría que me embar-ga en este momento. Si, Arturo, no sé que magia incomprensible tienen tus palabras que me llevan hácia tí.

—¿Será cierto? dijo Arturo cogiendo una de las torneadas manos de María.

—Sí, respondió está emocionada.

Y el eco de un beso, llenó el ámbito de aquel pequeño templo del amor.

VI.

Todas las tardes al anoecer salia María á uno de los balcones que daban á una calle retirada, inmediata al jardin de su casa, en donde le aguardaba Arturo para darse mútua cuenta de sus cuitas amorosas. El dulce néctar del amor hacia sus efectos infiltrado en el corazon de Arturo. Amaba con delirio á María. Jóven, con corta esperiencia, ignoraba las fatales consecuencias que podia acarrearle su ceguedad. Aquella parecia corresponderle al principio; pero á medida que el tiempo pasaba algunas variaciones notábase en su proceder, y en realidad existian, debidas en parte á las esci-

taciones de D.^a Esperanza, que ya se habia apercebido de aquellas relaciones y las reprobaba. María; impresionable como lo es, habia deseado en un momento de fascinacion, ver rendido á sus pies á Arturo y asi lo consiguió, y aunque enfriada algun tanto la emocion que esperimentó en la escena del jardin, no cesó por completo de amarle. Este, aunque poco diestro en apreciones de tal indole, no lo fué tanto que dejara de conocer las notables alternativas del corazon de su amada. Pidióle esplicaciones; pero la sagacidad y las mil protestas que profririera María, pacificaron el ánimo de Arturo, que dió crédito á esas palabras con la inocencia del niño.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se continuará.)

223

Á GALICIA.

AYER.

Así como el celta ferviente adoraba
La faz hechicera del fúlgido sol,
Así con la mente por tí arrebatada,
Así te amé yo.

HOY.

Así como el alba con luz hechicera,
Que asoma entre nubes que buscan el sol,
Adora á las flores del plácido valle,
Así te amo yo.

DESPUES.

Así como el árbol que envuelve las sombras
Amará los rayos primeros del sol,
Así, pátria mia, con fé y esperanza,
Así te amo yo.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

CARTAS Á CELIA SOBRE LA MUJER.

Mi querida amiga: Algunos hombres se empeñan en que la muger debe ser solo sacerdotisa del placer, con el frívolo pretesto de que su razon no está formada para las

grandes concepciones del espíritu, y de que su fragilidad se opone á toda ocupacion seria.

Tal insensatez es preciso combatirla briosamente, esponiendo las condiciones privilegiadas de la mas bella mitad del género humano, sin ambages ni reticencias.

Rehabilitada la muger por el cristianismo, dejó de ser la esclava del hombre.

Las leyes civiles le han evitado el sonrojo de verse reducida á la condicion humillante que tenian los pueblos paganos, pudiendo levantar su frente radiante de gloria y esplendor.

Varios ejemplos nos suministra la historia de mugeres fuertes, que han dado á su patria y á las ciencias muchos dias de ventura y engrandecimiento.

Desde las mugeres bíblicas, hasta las filósofas y poetisas griegas, y desde estas hasta las matronas romanas, se cuentan señalados triunfos femeninos, bastante por sí solos para ennoblecer á las mugeres, elevándolas sobre el pedestal de sus virtudes como gallardas magnificientepalmeras de inmortalidad.

Las épocas de verdadero espiritualismo religioso, han descollado por la abnegacion de las mártires y santas, á cuyo ejemplo se ha debido que no pereciese la civilizacion en manos de los bárbaros.

Subsiste hoy todavía el harem; pero ese baldon y afrenta de los adelantos modernos, ha de desaparecer á impulsos de la idea cristiana triunfante.

A fin de que esto suceda, es necesario que la muger no desmaye ó se aletargue en brazos del sensualismo: que la mujer procure elevarse al sόlio de su grandeza, por la virtud y el trabajo; que la mujer en fin, sepa ser la esposa y la madre tierna y delicada que el hombre ansia, para labrar su felicidad en la tierra.

Yo, mi querida amiga, estoy dispuesta á observar una conducta especial con los hombres.

Mientras no me case viviré completamente retraida de ellos entregada á mis quehaceres domésticos y á las labores que me proporcionan la subsistencia.

Si algun dia me caso, con un hombre honrado aunque sea pobre, procuraré ser una esposa amante y cariñosa, obediente y sumisa á mi marido, á quien amaré y respetaré con ciego entusiasmo.

Otra conducta sería indigna de una muger decente que sabe comprender todos los trabajos y penalidades que sufre el hombre, del que debe ser un dulce lenitivo y no una tirana é intransigente meretriz.

La muger de hoy, por punto general, ama con efusion el lujo y las riquezas, sacrificando á ellas su honor y sus mas caras afecciones.

Permíteme aconsejarte que no te dejes llevar de la fatal corriente de este vicio, haciendo valer tus gracias y tus virtudes en el terreno del decoro, sin descender jamás á transaccion alguna con el crimen.

La sociedad de hoy respeta poco las virtudes domésticas; vá en pos de sus placeres con vertiginoso frenesí, y si alguna mujer se levanta á protestar contra los vicios que encarna el sensualismo, se la tiene por delirante, y la sociedad parece negarle un asiento en el banquete de la familia.

Dignate, mi querida amiga, fijarte con detencion en esta carta y las demás que pienso escribirte, leyéndolas á tus amigas, para que hagan una verdadera propaganda en nuestro sexo, y no dudes jamás del cariñoso afecto que te profesa tu amiga

Emilia.

Por la copia,

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

MELANCOLIA.

La flor recoge su grato aroma
Cerrando el broche en la selva umbría,
Y la silvestre, fugaz paloma
Dice cruzando la parda loma,
melancolía.

Las blancas nubes que en la alta esfera
Reflejan pura la luz del día,
Cuando las mueve brisa ligera
Grabado dejan en su carrera
melancolía.

El claro arroyo ténue murmura,
Cesan las aves su melodía,
Y en la enramada, monte y llanura
Gimen las auras con amargura,
melancolía.

Y hácia aquel sitio donde mis ojos
Descubrir quieren luz y armonía,
Tan solo encuentro sombras y enojos,
Desórden, luto, pavora, abrojos,
melancolía.

FRANCISCO PEREZ.

CANTARES EN LA PLAYA.

Pescador soy en el mar
Y en la tierra soy el pez,
Y el anzuelo que mas temo
Los ojos de una mujer.

Soy como el ave marina
Que surca el mar con sus giros,
Pero que se vuelve á tierra
Para fabricar su nido.

Morena estoy por el sol
Y por las brisas del mar,
Mas como el sol, tengo fuego,
Y como los mares sal.

«María» tiene por nombre
La que causó mi desgracia,
¡Porque se llama «María»
Que es el nombre de mi barca!

La primer vez que te ví
Fué cuando llegaba á puerto,
Mi navío se salvó
Pero naufragó mi pecho.

Los labios de mi morena
Con su virginal perfume
Son el intranquilo puerto
Donde zozobra mi buque.

Timonero soy de un buque
Y tú de mi corazon
Dirije bien tu navío
No naufragemos los dos.

Menos temo á la tormenta
Del mar airado y furioso
Que á las ardientes miradas
De tus clarísimos ojos.

Vente conmigo á mi barca
Y si morimos de amor
El mar será con sus olas
El sepulcro de los dos.

VICTOR IRANZO Y SIMON.